



Los privilegios del pecado

Rafael Toriz

Los siete pecados capitales, Otto Dix. Óleo y temple sobre lienzo, 1933.
(Fotografía: Getty Images Latin America)

SI TUVIÉRAMOS QUE ESCRIBIR LA HISTORIA DEL SER HUMANO atendiendo al testimonio de nuestros excesos, fatigas y fracasos, podríamos concluir que nada nos seduce tanto como lo prohibido, ese incendio diminuto que vive para devorarnos, consumiendo lo que encuentra en su camino. Consumándolo todo.

Dar rienda suelta a la voluntad del hombre, como han querido desde hace tiempo reyes, filósofos y tiranos, ha sido una experiencia conflictiva porque la potestad absoluta del deseo individual, por fuerza, acaba por tropezar con los deseos de los otros, embajadores del infierno. Si a ello le agregamos la necesidad de coerción que ciertos individuos han implementado para dominar a sus semejantes, tenemos el caldo de cultivo perfecto para la aparición del pecado.

La contradictoria historia del pecado —al margen de los griegos y los arameos, que consideraban la *hamartia* un “fallo en el blanco” o lo vivían como el olvido de algo que “tendría que tenerse presente”— encarna la historia del cristianismo en Occidente. Nadie, con la excepción hecha de los judíos y las madres, ha usufructuado tan devotamente el monopolio de chantajes, extorsiones e infortunios de manera tan fecunda como la iglesia católica. Nuestra idea del pecado en el presente, como desde hace dos mil años, es la de un delito moral: la transgresión voluntaria de un precepto religioso. Sólo hay pecado donde hay censura, o para decirlo con las palabras de San Pablo, “el pecado no se imputa cuando no hay ley. Se dicta la ley y la ofensa abunda”, que es más o menos como decir que todo lo sabroso de la vida, luego de un examen escrupuloso, delinque, engorda o embaraza.

Pecar, para un individuo lúcido y coherente, más que un derecho acaba por imponerse como una cívica obligación.

Breve cronología de un conocido tormento

Para la tradición judeocristiana, pecar es alejarse de la voluntad de Dios. Cuando Adán y Eva prueban el fruto del árbol prohibido, desobedecen al Señor, y por ello son desterrados del paraíso y condenados a trabajar (tragedia que perpetuarán, por los siglos de los siglos, todos sus descendientes). Con el advenimiento de Jesús se infiere que el ser humano sólo podrá salvarse por su fe en el Mesías, enviado del cielo para redimir nuestra esencia pecaminosa (lo que mueve a pensar, luego de su sacrificio, que si uno no peca entonces el hijo del Hombre habrá muerto para nada).

De acuerdo con la enciclopedia, hacia el siglo VI, el papa Gregorio Magno habría enlistado los siete pecados capitales: lujuria, pereza, ira, gula, envidia, vanidad, avaricia y soberbia. Siglos después, Dante, en el “Purgatorio” de su *Comedia*, enlistará las mismas faltas, lo que dará una idea muy precisa del pecado a la conciencia del Renacimiento. (Autores anteriores, como Cipriano de Cartago, Juan Casiano y Columbano de Lexehuil, hablaban de ocho pecados capitales. Ese pecado era la tristeza



Mesa de los siete pecados capitales.
Hieronymus Bosch, 1485. Museo del Prado,
Madrid, España.
(Fotografía: Getty Images Latin America)

en su forma melancólica —el demonio meridiano— y se trataba de una falta imperdonable porque el hecho de estar triste era una agresión directa contra la creación de Dios).

De acuerdo con el obispo alemán Peter Binsfeld, a cada pecado correspondía un demonio: lujuria: Asmodeo, Gula: Belcebú, Avaricia: Mammon, Pereza: Belfegor, Ira: Amon, Envidia: Leviatán, Soberbia: Lucifer. Y en este punto conviene detenerse un poco, puesto que nada es tan humano, tan luciferino, como el hecho de contrariar a Dios.

En la película *Lugares comunes* (2002) de Adolfo Aristarain, Federico Luppi, en uno de sus mejores papeles —un cansado y elocuente profesor de literatura— arranca la película diciendo: “lúcido viene de Lucifer, el Arcángel rebelde, el Demonio; pero también se llama Lucifer el lucero del alba, la primera estrella, la más brillante, la última en apagarse... Lucifer viene de Lux y de Feros, que quiere decir el que tiene luz, el que genera luz... El bien y el mal, todo junto. La lucidez es dolor, y el único placer que uno puede conocer será el de ser consciente de la propia lucidez”. El pecador, por miserable, es un iluminado.

Y es que ejercer el pensamiento por cuenta propia es la ocasión para que se cometa el pecado. De ahí que Sade y toda suerte espíritus disolutos (Rimbaud, Baudelaire, y tantos otros) encarnen de manera tan precisa el arquetipo del malhechor: los que nadan a contracorriente y llevan la contra, ejerciendo el soberano privilegio de desobedecer.

Para Aldous Huxley, como para León Bloy —quien pensaba que podía llegarse a Dios mediante el mal absoluto— el

pecador se encuentra muy cerca del santo. Escribe el autor de *Un mundo feliz*: “Sólo un creyente en la bondad absoluta puede perseguir a conciencia el mal absoluto; no se puede ser un maldito sin ser al mismo tiempo, en potencia o de hecho, un creyente en Dios. Baudelaire era un cristiano de pies a cabeza, el negativo fotográfico de un padre de la iglesia”. Encuentro en las palabras del poeta español Leopoldo María Panero la quintaesencia del pecado, su raíz primigenia: “No es tu sexo lo que en tu sexo busco/ sino ensuciar tu alma:/ desflorar/ con todo el barro de la vida/ lo que aún no ha vivido”.

Hoy en día, dado que la normalización de la conductas pecaminosas ya no escandaliza a nadie —toda vez que valores como la usura y la lujuria son moneda corriente en sociedades como la nuestra— la iglesia ha relanzado una versión de las conductas que considera pecaminosas; lo que dice mucho de una institución que ha dejado, desde hace tiempo, de dialogar con la realidad. Es pecado realizar manipulaciones genéticas (incluidos embriones), contaminar el medio ambiente, provocar injusticia social, causar pobreza, enriquecerse de manera obscena y consumir drogas.

Como habitante del siglo XXI y pecador de tiempo completo, sólo puedo pensar que la necesidad de transgredir los límites es una vocación que algunos espíritus estamos llamados a cumplir, pero no a la manera de un hedonismo narcisista y enajenante, sino como una vocación que permite gritar, revolviendo las brasas que arden en el pecho, lo vivos que estamos ante la abulia de los dioses. **AAA**